

OPINIÓN

Por gracia de dos auxiliares de psiquiátrico
—clientas de la cafetería
que hace mucho tiempo malvendí—
tuve el honor de ser elegido
el más delirante *lletraferit*
de una joven antología literaria.
Comprendo ahora,
ya conocedor de la autorizada opinión
y pasados unos cuantos años,
aquellas miradas curiosas
y aquella expectación que nunca colmé.
Esperaban de mí
algo más que un comportamiento
siempre correcto y mesurado con ellas.
Haciendo como se hace en el teatro de la vida
todo tipo de artificio
incluso con quien bien conocemos,
qué no habría hecho yo
—agradecido escritor en ciernes—
en la barra, en la cocina o en las mesas
por aquellas dos clientas y secretas lectoras
de tan fundado y razonable dictamen.